

Tiempo y bienestar

Araceli Damián*

Los economistas más ortodoxos de la corriente principal siguen siendo utilitaristas. Es decir, sostienen que la utilidad es el elemento constitutivo del bienestar humano a pesar de que reconocen que ésta (que expresa la reacción de la mente al consumo de bienes) es casi imposible de definir y medir.

Dos de las críticas más demoledoras a este enfoque es la realizada por Amartya Sen, quien ha hecho notar que los pobres, que pueden sentir felicidad con muy poco, pueden ser productores muy eficientes de utilidad. El filósofo John Rawls también critica el concepto de utilidad con base en la existencia de gustos caros y gustos perversos.

En contraste, los enfoques no bienestaristas (como los llama Stein Ringen) sostienen que el bienestar no depende de la utilidad sino de las circunstancias objetivas en las que la gente vive, por lo cual el bienestar depende de la posesión de bienes (o de ingreso).

A pesar de que este último enfoque permite tener un idea más “objetiva” del bienestar, Meghnad Desai (“Well being or welfare?” en Neil Fraser y John Mills, eds. *Public Policy for the 21st Century*, Policy Press, Bristol, 2000) cuestiona que se asocie el nivel de bienestar con indicadores relacionados con los bienes (como el Producto Interno Bruto, PIB) o con el ingreso promedio por habitante.

Este autor pone en tela de juicio la idea de que el bienestar crece al incrementarse el ingreso de los hogares (o con la mayor posesión de bienes), ya que al calcular el crecimiento de alguno de estos indicadores, nunca se toma en cuenta el costo social que implica para los individuos llevar a cabo su actividad productiva.

Por ejemplo, en las medias agregadas del PIB o del ingreso se pasa por alto que, como consecuencia del crecimiento de las ciudades, cada día aumenta más el número de horas de traslado al trabajo. Por tanto, los individuos no pueden disfrutar del tiempo en el que podrían desarrollar actividades que satisfacen necesidades básicas fundamentales para el bienestar, como la interacción social, y que no se relacionan con el trabajo.

El aumento en las distancias al trabajo ha provocado, por otra parte, la “individualización” de actividades que históricamente se han llevado a cabo de manera colectiva, como la alimentación. Desai afirma que en el pensamiento económico tradicional no importa si la necesidad de alimentarse se realiza de manera individual, social o familiar. Sin embargo, sostiene que comer acompañado, disfrutar de la compañía de otros, es para el ser humano más importante que el hecho de comer en sí mismo (dada una satisfacción mínima de la necesidad). Por lo tanto, para Desai el bienestar debería ser medido en función del tiempo que los individuos pueden destinar a las actividades sociales.

La propuesta de Desai no ha encontrado eco en los estudios de pobreza y bienestar. No obstante, en la propia Gran Bretaña, existen algunos estudios previos a los de Desai, como los de Peter Townsend, que consideran la no realización de algunas actividades sociales (como salir con amigos o invitarlos a casa) como indicadores del grado de privación de un hogar, aunque Townsend está preocupado más bien por identificar la falta de ingreso, y no la de tiempo, como causa de esta privación. Además es útil recordar que Claire Vickery en Estados Unidos y Julio Boltvinik en México habían ya propuesto formas específicas de incorporar el tiempo disponible en la medición de la pobreza.

El planteamiento de Desai suena interesante, no obstante, enfrenta también algunos problemas. Utilizando la terminología de Abraham Maslow, psicólogo norteamericano que propuso la famosa teoría de la jerarquía de necesidades humanas, Desai supone que la interacción social es la de más alta jerarquía, cuando Maslow la identifica, como necesidad de pertenencia, como una necesidad deficitaria de jerarquía intermedia. De esta manera, Desai deja de lado la relevancia de la satisfacción de lo que Maslow llama las necesidades de crecimiento, a las que otorga la más alta jerarquía.

Desai supone también que los individuos tienen satisfechas todas las necesidades básicas y que cuentan con un ingreso suficiente que les permite llevar a cabo las actividades sociales. Habría que pensar, por ejemplo, en un desempleado que puede tener todo el tiempo para interactuar socialmente, y no obstante sentirse

frustrado por no poder llevar a cabo una actividad en la que se sienta autorrealizado (trabajar, escribir poesía, pintar, crear, etc.).

Para definir una medida de bienestar en función del tiempo es necesario considerar no solo el disponible para las actividades sociales, sino entre otros, el necesario para hacer posible la existencia humana misma. Por ejemplo, el desarrollo de las capacidades humanas requiere la socialización del conocimiento de generación en generación. La falta de tiempo para el cuidado y la crianza de los menores repercute negativamente en dicha transmisión, ya que los menores con escaso cuidado y atención por parte de adultos no adquieren siquiera las habilidades más elementales para la vida en sociedad (como tomar de un vaso, ir al baño, etc.) y pueden desarrollar patologías sociales. Cuando son dejados en casa solos, por la necesidad de ir a trabajar, pueden sufrir accidentes graves.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx